VI ANIVER. AZAÑA

2-XI-46

CARLOS ESPLA

F-R- 15-XI-46

Desde esta alta y ancha meseta mexicana donde el hombre se da cita fabulosa con el águila y la serpiente, el emigrado contempla su historia, se asoma a su pasado, es decir, a la historia y al pasado de su patria. Toda meseta tiene algo de mirador. Y desde ella, lo pretérito adquiere en el aire transparente de esta altura, que es también valle, nítidos contornos mediterráneos. Toda meseta tiene también algo de pedestal. Y a él se encaraman las ingrávidas imágenes de nuestros recuerdos. En estos mediodías de otoño es cuando mejor podemos verlas, pues la luz limpia de esa hora, como luz de Monóvar o de Benidorm, no adultera la historia. Los hombres y los hechos se ofrecen entonces en sus auténticas dimensiones humanas, y sin deformidades de perspectiva ni de crónica, sin lejanía, tampoco, de años y leguas. Todo es ahora presente y actual, con presencia acendrada por la verdad, en la mágica bola de vidrio donde se adivina el pasado. ¡Tremenda prueba del desterrado que quiere conocer el futuro de su patria! En ese angustioso ejercicio, labrado en tantos insomnios, buscamos, con preferencia sobre todas, la compañía de Azaña. La buscamos en la remembranza de su obra, en la evocación de su figura histórica, en la lectura de sus libros, en la resonancia de su voz aun no extinguida, en la reanimación de su gesto adusto. Lo vemos una tarde, bajo la luz, que ahora recordamos como luz submarina, del hemiciclo parlamentario, en una sesión de las Cortes Constituyentes. La pasión española, exasperación ciudadana, forma los radios de aquel semicírculo estremecido por la contienda política. No es necesario precisar cuál ha sido el momento de confusión anterior, la enardecida turbulencia provocada por la dentellada del jabalí, o la pirueta del clown, o el frenesí del personaje insigne.

A.P.C.E.
SIG.:
1.2F/1168

El instante es dramático. El rojo de los escaños está al rojo vivo. Entonces se levanta Azaña a hablar. No precisa tampoco decir cuál es el discurso: uno de una de aquellas tardes. Toda la teatralidad parlamentaria se desvanece ante la presencia antiteatral de Azaña en la cabecera del banco azul. Para lograr tal punto de claridad en la idea y en la palabra, forzoso era alcanzar la suprema naturalidad. Nada hay en la voz ni en el ademán, nada que sea artificial, ni amañado para el efecto oratorio. La única regla retórica de Azaña es la sencillez. Sencillez lograda con años y años de silencioso estudio, bebiendo en las claras fuentes de los clásicos, peregrinando incansable por libros y tierras de una vieja e ilustre cultura. Esta claridad mental, esta sencillez retórica permiten ordenar la confusión parlamentaria. Todo queda entonces en claro y en orden. A veces la palabra clara es tan sencilla, que el contradictor se resiste a aceptarla: se había entumecido en una red trabajada a ciegas por él mismo, y no cree tan fácil desprenderse de su propia niebla. En la palabra cartesiana de Azaña fluye oculta la castellana vena de las reminiscencias clásicas, con destellos y fulgores del Romancero, del Arcipreste, de los claros varones de su **"tierra eterna"**, de su **"raza perdurable"**. Recordamos el prodigio de claridad y sencillez, de orden y naturalidad en aquella tarde —una como otra cualquiera— de las Cortes Constituyentes. No interesa precisar de qué hablaba, en qué palpitante tema español se mejía su discurso. Lo que recuerdo es que la palabra de Azaña fué clara, clarificadora, y que el espectáculo parlamentario perdió en aquel momento su teatralidad política y su iracundia, para convertirse en una escena serena y viva de nuestra vida nacional.

La vocación y el deber

¿Por qué está Azaña en aquel instante, en aquel hemiciclo, bajo aquella luz submarina, hablando con calma en la tormenta, poniendo claridad en la confusión? Este hombre era, hace no aun mucho tiempo, un retraído. Nadie sabía, él tampoco, que sus vigilias de tantos años, entre libros y trabajos, que son historia y pensamiento, pero historia viva y pensamiento no libresco; nadie sabía, repito, él tampoco, que sus años de lecturas y meditación, y sus peregrinaciones en busca de la verdad española, le preparaban para gobernar. Su formación moral e intelectual se había elaborado en la soledad estudiosa con absoluto desinterés, como un puro goce del espíritu, que goce tal hay también en este drama de su generación. Drama que ilumina las páginas melancólicas del **Jardín de los frailes**, donde el joven estudiante a solas con su drama en su celda de la Herrería, sentencia: **"Uno mismo es toda la verdad."** Drama del rehacer la vida derrumbada, para cumplir más tarde una pungente ambición creadora. El propio Azaña lo dijo con estas palabras: **"Nosotros hemos rebasado aquella etapa decadente del espíritu español que contaba por meses y aún por días el tiempo que le faltaba para desaparecer. Desechamos la opresión del pasado y las añoranzas históricas"**. Esto dice Azaña en su discurso del 11 de frebrero de 1930. (No os extrañe —decimos de paso— ese aparente desdén suyo por el pasado y la historia. Ya lo explicaremos en seguida, para que no haya error). Aquel discurso es el primer acto republicano de cierta importancia que, cara al pueblo, realiza Azaña, y cuando éste recoge más tarde aquellas palabras suyas en un libro, a tal discurso del 11 de frebrero le pone el siguiente título: "Llamada al combate". Antes había escrito Azaña el manifiesto de "Acción Republicana", en mayo de 1926. Entre nosotros hay alguno de los firmantes de aquella presentación del grupo de "Acción" en la palestra política, que es —son las mismas palabras de Azaña— "un llamamiento a la libertad y a la justicia" y una declaración categórica de republicanismo.

¿Qué es lo que ha lanzado a la pelea y a la acción a este hombre de estudio, soberbio y ascético: **"La vocación y el deber"**, dice en ese mismo discurso. O como dirá en otro momento: **"Nuestra indignación de hombres libres y nuestra tristeza de españoles"**. He ahí el nudo del tremendo drama español, azañista. Y aquí viene a punto explicar aquel aparente desdén por el pasado y la historia. ¿Desdén? Váis a oir. Permitidme la cita, para vuestro regalo: **"La República** —dirá Azaña cuando aun no se ha cumplido un año de la instauración del nuevo régimen—, **la República para mí, es actualmente en España la forma estricta de la vida nacional, y a las gentes desalumbradas que en su furor polémico han llegado hasta a decir que yo he dejado de ser español, yo les preguntaría qué saben ellos de España y de los españoles. Me argumentan diciendo que la política que yo represento es una política antiespañola y antitradicional. Se sorprenderán algunos si dijese rotundamente que yo soy el español más tradicionalista que hay en la Península"**. Y añade luego: **"Somos prisioneros de la tradición; la vida espiritual del hombre está gobernada por la tradición, y cuando parece que la combate, la continúa. Ahora bien: lo que no podemos admitir nosotros es que se identifique España y la tradición española con los harapos de la vida política española, caída ya en la miseria y en la hediondez, con los restos de regímenes abolidos... España es anterior a Recaredo, y cuando los últimos vestigios de la posteridad espiritual de Recaredo hayan desaparecido, España subsistirá... Lo que ocurre es que hay gentes que van a beber en la desembocadura del gran río de la Historia, y nosotros, los que estamos acostumbrados a surcar España en su campo físico y moral, sabemos dónde está el puro manantial intacto"**.

Hasta aquí las palabras maravillosas de Azaña.

¿Véis en qué fervor se ha convertido aquel supuesto desdén? Pero hay que saber cuál es la opresión del pasado y cuáles las añoranzas históricas que el político creador desecha. Así sabremos que Azaña va a la política con la clara misión que él mismo señala a la República: la de **"poner punto a una digresión monstruosa de la historia española,"** y reanudar una tradición. **"Hay** —dice— **una tradición popular republicana, libertadora, en el espíritu español, y sobre todo en el espíritu castellano, y queremos reinvindicarla, ponerla en pie y engrandecerla. Es, pues, la República para nosotros la reanudación de una gran tradición española, de una tradición liberal, de una tradición popular"** La tradición azañista de España es por tanto, la libertad. Sin la revelación de este tradicionalismo español, no se comprendería la política de Azaña.

Y no hay, decimos nosotros ahora, antinomia, contradicción, con aquel aparente desdén de que hablábamos antes, **"porque el ser de la Historia** —volverá a decir a Azaña— **no es el hombre; el ser de la Historia es España, no el español"**. ¡Oh, insensatez de quienes quisieron destruir esa política con una falsa idea imperial! ¡Qué saben ellos de imperios!

Todas las fuerzas reaccionarias de España se desatan contra Azaña

Volvamos ahora al momento en que Azaña habla una tarde en aquellas Cortes Constituyentes. Todo parece que está por hacer, y todo va siendo modelado por el hombre de gobierno. Hemos hablado de su afán de claridad, de su naturalidad, que es resistencia a lo artificioso, y también al lugar común. ¡Tre-

mendo deseo el suyo! Su modo de nacer y de decir tiene una suprema originalidad que nace de su misma naturalidad. Y de ahí viene el choque de Azaña con el mundo irreal de los convencionalismos políticos y de los resabios monárquicos. Azaña tiene en sus manos, en el momento que evocamos, la materia de su obra: Cuestión militar, problema religioso, ordenación económica, reforma agraria, progreso social, autonomía de los pueblos, impulso de la cultura, de las obras públicas, régimen de libertad, de libre discusión, de responsabilidad, parlamento, democracia... Todo ello hecho obra viva, y todo ello realizado en la práctica del gobierno, con una honradez, con una rectitud de conciencia, con una austeridad que quedarán en la historia política de nuestra patria cual un ejemplo que nadie podrá superar. Y ved ya la tremenda venganza del monstruoso pasado reciente. Azaña es el hombre más combatido, más odiado, más difamado de España. Frente a su obra creadora se levanta la terrible barrera del odio, del miedo y de la intolerancia. También el vocerío de los pícaros, sacados a la vergüenza con sólo presentarlos por contraste en el cristal de su conducta. Pero todo esto del odio, del miedo y de los pícaros no es todavía sino impotencia. Azaña sigue su obra creadora, pensando que de sus manos salga un pueblo mejor, y más libre y feliz, y menos pobre. Y el pueblo, para él es aquel castellano anónimo que mira con desprecio sublime al presidente del consejo que pasa, es aquel pelaire, aquel artesano, son aquellos **"pobres gañanes montados a mujeriegas en las mulas"**, encontrados en los caminos de Castilla; aquel hombre humilde, hombre sin letras **"que ha heredado una civilización, aunque no haya heredado un conocimiento ni un saber"**.

A veces, en el afán de la obra, el gobernante tiene un instante ¿de meditación? ¿de desaliento? ¿Se perderá nuestro esfuerzo —se pregunta— como tantos otros frustrados en la tragedia de la intolerancia española? Y su vista se vuelve, melancólica, hacia los fugaces bienios liberales del siglo XIX, relámpagos esplendentes en las tinieblas del despotismo español. ¿Va a repetirse, también ahora, la dramática frustración? Todos los pueblos conocen esta lucha incesante, heroica, sangrienta, por su libertad, pero acaso sólo el español es siempre el pueblo vencido. Tanta sangre vertida en esa lucha por la libertad es lo que lo desangra y lo deja yacente, maltrecho, al final de la lucha: Quijote sin posible escarmiento. La meditación angustiosa de Azaña tiene pronta realidad. Termina el bienio republicano, y vuelven —fantasmas socarrones— los muertos insepultos. Azaña es perseguido como nadie lo fuera. El odio vence a la comprensión, la barbarie a la tolerancia. Azaña era la ética republicana, pero España iba a jugarse la República a un golpe de ruleta, de straperlo, que fué, ya lo hemos visto, el primer símbolo imperial. Es entonces cuando empieza en España la insurrección contra la inteligencia. Aun tiene la España auténtica, la España azañista, sacudidas triunfales. La ha congregado, victoriosa, Azaña en los campos abiertos de Mestalla, de Lasesarre, de Comillas. **"Ahora que estamos solos, que no nos oye nadie"**. Resuena el trallazo de su sarcasmo y la inmensa apelación al pueblo. Pero no tardará mucho en ver toda su obra destruida por la traición, por el odio, por el crimen. El creador ve que todo a su rededor cae en ruinas. Y ¡cuántos rostros horribles se descubren al caer las caretas! ¡Angustiosa experiencia!

La guerra de invasión

De Azaña, durante la guerra incivil, durante la guerra del crimen contra España, quiero recordar esta estampa: Es una de las primeras jornadas de la guerra. Anochece tristemente en este final del verano manchego. Madrid está a oscuras. Se combate ferozmente en la Sierra. Artesanos y obreros, albañiles y estudiantes, barberos y poetas, tipógrafos y horteras, van, sin armas, hacia el Alto del León, esperando, para empuñar un fusil, que lo suelte la mano sin vida del caído. Detrás de un alto ventanal que da a la plaza de Oriente, el presidente de la República, rodeado de unos pocos amigos, contempla con tristeza la desolación crepuscular de la plaza madrileña. Pasa un camión con temblores de banderolas y gritos de entusiasmo. Va cargado de hombres jóvenes, que se dirigen, sin armas, hacia la Sierra, hacia la muerte. Miran a las ventanas del Palacio Nacional. No hay luz, y nada puede verse desde la calle. Pero los milicianos dirigen hacia donde está Azaña en la penumbra, invisible, sus miradas adivinadoras. Estallan unos vítores y se agitan en el aire, sobre el zarandeo del camión descubierto, unas gorras proletarias y unos gorros carteleros: "¡Viva la República! ¡Viva Azaña!" La faz adusta, severa de Azaña, se conmueve. Hay en su semblante pálido como un estremecimiento angustioso, y con voz que se quiebra en una congoja, exclama: "¡Pobres mozos! ¡Qué pocos volverán!".

Esta estampa de la guerra dolorosa —del dolor español de la guerra— se completa con esta otra: Pocas semanas después. Noche cerrada ya. Campo negro sin luces, con frío fino del Guadarrama. Vuelve Azaña en coche de un rápido viaje a un lugar de las cercanías de Madrid. A la entrada de un pueblecito, a oscuras, en la carretera, un carro atravesado en medio de ésta, una como garita o choza a un lado, unos macilentos farolillos: es el "control". Los motociclistas de la escolta deben haber dicho quién viene en el coche. Movimiento de las linternas. Gira el carro atravesado en medio de la carretera, y abre camino. El auto presidencial marcha lentamente. Se acerca una luz incierta. Su tenue resplandor deja ver una mujer pobre, una aldeana, ya sin juventud, arropada en un rústico chaquetón de hombre, envuelta la cabeza con una toquilla, una escopeta en bandolera: una mujer del 1808 de Goya. Se asoma a la ventanilla del coche, alumbrándola con su farolillo. Dice sencillamente, como disculpándose: "Buenas noches, don Manuel. Los hombres están en la Sierra". El presidente contesta conmovido al saludo. Corre otra vez rápido el auto presidencial por la carretera hacia Madrid. En el oscuro rincón del coche se oye como un sollozo, y estas palabras como una obsesión: "¡Pobre mujer! ¡Pobre mujer!".

Creed —yo estaba allí— que jamás me pareció Azaña tan hondamente, tan patéticamente español.

Con este dolor del hombre —y de la mujer— de **"la raza perdurable"**, hermano de aquellos pobres labradores, encontrados en tierras de Valladolid, camino —misterio— de la iluminada ciudad moderna o de la villa militar torreada; con este dolor del ser español, marchó Azaña al destierro. Y este dolor del **"pueblo eterno"**, le rompió el corazón, en Montauban. Hace seis años.